

## DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO, CICLO C

### CRISTO POR ENCIMA DE TODO

Por Alfonso Martínez Sanz

**Lecturas: Sabiduría 9, 13-19; Carta a Filemón 1, 9b-10.12-17; Lucas 14, 25-33.**

1. El mes de agosto, las vacaciones y las fiestas de muchos pueblos y ciudades han terminado, y ya estamos empezando a organizar nuestra vida ordinaria. Es seguro que muchos cristianos habrán vivido sus vacaciones y las fiestas con espíritu alegre, amistoso, fraterno, desde Dios y con Dios. Puede haber ocurrido, por el contrario, que otros, cuyo número sólo Dios conoce, se hayan despistado en su comportamiento cristiano o, incluso, hayan vivido al margen de Dios o en contar de Él.

Reconocer los errores e intentar rectificar es señal de responsabilidad, de sabiduría y de tomarse la vida en serio. Admitir que nos equivocamos y proponernos volver a empezar, también con una buena confesión si es preciso, es prueba de que se quiere vivir la vida con seriedad responsable y de cara a Dios.

2. El evangelio, que se proclama en este domingo, es como una respuesta a esta pregunta: ¿qué cosas son necesarias para ser buen discípulo de Jesús de Nazaret? ¿Cuáles son las condiciones para seguirle de verdad? De entrada ha de afirmarse que el seguimiento fiel de Cristo es costoso, arduo y un tanto difícil. Entre otras razones, porque, como dice el refrán, *lo que cuesta, vale*; o si se prefiere, *lo que vale, cuesta*.

Hace dos domingos, Jesús nos invitaba, en el evangelio, a *entrar por la puerta estrecha*: la puerta de la fidelidad a Dios, a la Iglesia, a la propia vocación; la puerta estrecha de la renuncia a las pasiones, a las tentaciones, a cualquier criterio mundano que pueda apartarnos del seguimiento de Cristo. Seguir a Cristo con entrega generosa, ciertamente, es costoso, es caminar cuesta arriba, exige ir en contra de la corriente. Seguir con fidelidad a Cristo es costoso, pero se puede ser fiel, no como consecuencia de las solas fuerzas humanas, sino con la fuerza que da la gracia: *todo lo puedo en Aquél que me conforta*, afirmaba el apóstol Pablo.

3. Jesús debe ocupar el corazón del hombre. Es lo que ocurrió en la vida de San Agustín, cuya fiesta celebrábamos la semana pasada. El que, en palabras suyas, *ardía en deseos de hartarme de las más bajas cosas y llegué a envilecerme hasta con los más diversos y turbios amores*, una vez convertido, afirmaba: *y ahora, Señor, sólo te amo a Ti, sólo te sigo a Ti..., sólo te busco a Ti*.

Cuentan que un sultán iba con una caravana de camellos, todos ellos cargados con un cofre lleno de monedas de oro. En un momento del viaje, uno de los camellos tropezó, cayó herido, el cofre se abrió y las monedas de oro se esparcieron por el suelo. Entonces el sultán, quizá por miedo a que llegaran los salteadores, invitó a sus siervos a que recogieran las monedas que pudieran, y se quedaran con ellas, pero él siguió el camino, creyendo que todos los siervos se habrían quedado recogiendo monedas. De pronto, oyó tras de sí unos pasos, miró hacia atrás y, al ver a un siervo, le preguntó que cómo no se había quedado a recoger monedas, a lo cual el siervo respondió: *yo sólo sirvo a mi señor* (el sultán).

4. El discípulo de Jesús sólo ha de servir a su Señor, el Señor de los señores, a su Maestro, el Maestro entre los maestros. Y ese Maestro ha de ser el centro de todo su corazón. Al decir *todo*, se está diciendo que el corazón hay que vaciarlo de cuanto no coincida con las enseñanzas del Maestro, dejándose poseer por completo por Dios. Es verdad que el cristiano, mientras es peregrino, vive en este mundo y está necesitado de los bienes de la tierra para satisfacer sus necesidades y vivir con dignidad. Pero los bienes de acá abajo no son *su* tesoro, sino que sólo Cristo es *su* tesoro, con el quiere identificarse, teniendo *los mismos sentimientos que el propio Cristo*.

Entre las condiciones para ser auténtico discípulo de Jesús están el renunciar a estar apegados a los bienes de este mundo, el quererle por encima del amor que hemos de tener a la propia familia, y el llevar la cruz de cada día con amor y fortaleza, dejándose clavar en ella con los clavos del amor y la entrega. Y esto, cuando la cruz sea llevadera, y cuando su peso nos parezca insoportable. En esos momentos, quizá, nos venga bien recordar estas dos estrofas:

Aunque todo en esta vida  
parezca muy tenebroso,  
el alma fiel no se olvida  
que Dios es maravilloso.

Y aunque lo que estemos viendo  
sea malo y destructivo,  
Dios continúa diciendo:  
"No temas, Yo estoy contigo".

5. El corazón de la Virgen estuvo todo él lleno de Dios, del que siempre se consideró *su humilde servidora*. Pidámosle que nos ayude a que en nuestra vida, centrada en Cristo, le sirvamos con fidelidad.